

EL INDIGENISMO J.R.J.

España, grande en los siglos de Aventura, vivió la aventura plenamente; y a España le tocó dominar en el mundo durante esos siglos más aventureros. Subrayo la palabra “aventura”, porque España fue siempre tierra de aventureros, quiero decir de románticos, señalando así el carácter peculiar que para mí tiene el romanticismo, una aventura espiritual o material. Y un país se engrandece cuando el sentido de una época coincide con el carácter principal de ese país, cuando ese carácter puede aprovecharse mejor.

Francia fue grande en el siglo dieciocho porque sus enciclopedistas, característicos de Francia, país de saber general aprovechado, coincidieron con el malestar social de entonces.

Inglaterra lo fue en el siglo diecinueve, porque siendo, como es, isla, digo, país aislado, característicamente colonizador por eso mismo, aprovechó la invención del vapor para construir un imperio colonial lejano con una poderosa marina de guerra.

Hoy, dos grandes países, grandes en territorio y en inquietud, Rusia y los Estados Unidos norteamericanos, expresión uno de ellos de una ideología confusa aún de lo futuro, y otro de una retención más confusa aún de un pasado que no puede perdurar por el desequilibrio de una economía general, dominan simultáneamente el resto del planeta. Y mientras no domina totalmente ninguno de ellos, los dos países se sirven simultáneamente también. Los Estados Unidos con su fuerza económica no deja que Rusia sea un imperio dictador, y Rusia no deja con su fuerza humana que sea un imperio dictador los Estados Unidos. Pero vamos a lo nuestro de ahora mismo.

Cuando los aventureros españoles se encontraron con lo que hoy es América y se adentraron, internaron, por ella poco a poco, fueron comprobando, y más cada vez, que estaban frente a una cultura importante, que se manifestaba fundamentalmente en una arquitectura poderosa y duradera.

No, no eran salvajes los que luego serían americanos. Y como los españoles venían acostumbrados por su propia civilización —que ellos habían propagado por Europa con Alfonso el Sabio— a este tipo arquitectónico, comprendieron pronto que, para quedarse en la tierra descubierta, tenían que igualarse con los indígenas en esa expresión elemental que suponen el hogar, el templo y la fortaleza.

No hay que olvidar que los españoles no venían a estas tierras posibles a llevarse lo que necesitaban en las suyas respectivas (como hicieron los ingleses o los franceses, que arrasaron con todo, robando y destrozando lo que no les era de utilidad y sin apenas integrarse), sino a quedarse a mezclarse, a convivir para siempre, y por eso Cortés quemó todas las naves y por eso también levantaron hospitales, casas de salud para los indígenas y fábricas tan poderosas, superpuestas o aisladas, como la de los mayas, los incas o los aztecas.

Hay que tener en cuenta que la civilización indígena con la que se encontraron los españoles era equivalente en mucho a la de Europa en la época del descubrimiento o su inmediata ascendencia medieval y que se correspondía con ella, con la diferencia de la religión, que simbolizaban con una teología o una mitología homicida, sanguinaria y opresora entre ellos. Castillos y templos,

inexpugnables unos y otros, eran lo importante en ambos continentes, y los himnos de la iglesia española por un lado, y por otro la poesía épica, correspondían o equivalían a sus himnos humanos al sol o a sus leyendas, por ejemplo.

Los españoles cambian la línea religiosa de la civilización indígena, entre la que se afianzan, pero continúan la línea artística con una equivalencia expresiva, porque en la expresión los españoles saben lo que dejaron visigodos y romanos.

Pero como el arquitecto español era secundado por el obrero indio en su trabajo, el indio colaboraba naturalmente con el español; la imagen de una virgen cobraba facciones de mujer india, y una flor de un retablo era una flor nativa, y un ángel sonreía como un niño indio.

No, no se interrumpe la tradición indígena por los españoles; no hay lagunas en la sucesión "Indoespañola", como han querido suponer apasionadamente algunos inconscientes que quieren quitarse de encima algo que no se puede quitar, la Historia, y superponerse una leyenda sin solución futura. La continuidad es evidente, como lo fue en el Renacimiento Español la continuidad española también de lo anterior, que pudiera llamarse indígena en relación con el Renacimiento.

Esta cuestión no ha sido bien vista, o ha sido mal estudiada, o se ha tergiversado de mala fe. Lo indígena quedó mucho tiempo en este continente después de la independencia general, como ruina o como documento, como incentivo para el viajero más o menos turista; pero no se había tenido ni se tenía la conciencia de lo que suponían esos documentos y esas ruinas para el "Americanohispano" ni para el español. Fue necesario que historiadores, arqueólogos, filólogos europeos señalaran la realidad verdadera de lo indígena y de lo indigenista español, para que sobreviviera un estado de conciencia "Americanohispana". Y esto se ve muy bien en lo literario.

El indio no fue para el español un ser prescindible, ni mucho menos. La prueba está en que el mestizaje fue la regla, no la excepción, y en que la corona española dictó leyes para proteger a los indios, aunque en la práctica no siempre se cumplieran, pero la intención fue esa sobre todo.

"El oriundo es un ciudadano más de la Corona"

Isabel de Castilla.

No hubo, pues, un rechazo sistemático, sino una incorporación conflictiva, violenta a veces, pero también creadora. De esa fusión nació lo que llamamos "América Hispana", que no es ni España pura ni América pura, sino una síntesis nueva.

Desde hace medio siglo aproximadamente, se viene incorporando a la expresión escrita "Americanohispana" (como a la pictórica, la escultórica o la musical, etcétera) un estilo, un acento, una diferencia que no existían antes o que existían en medida muy escasa.

El indio mezclado con español, como el español mezclado de romano o de árabe, no podían ser meros espectadores de una vida que era y es y seguirá siendo la suya, la de un ente complejo; la incorporación sobrevino naturalmente. Pero, como ocurre con frecuencia, vino la política, esa "metomentodo", a estropear el asunto, que se convirtió en negocio, y el indigenismo sirvió para afear a España monstruosamente, no ya en lo real, que todos sabíamos y deplorábamos en América y en España, sino en lo esencial conjunto; y con esta política fea vino también el aprovechamiento de

partidos y extremos contemporáneos de propaganda utilitaria más que de convencimiento; vino, y continúa, todo lo que es extraño al indigenismo tradicional, es decir, a la sustancia esencial del indigenismo y que contribuyó particularmente a devolverlo y desviarlo de su camino real.

Porque aparte de esta equivocación, y paralela a ella, vino otra peor, que no era equivocación más o menos nacionalista, sino falsía: el político demagógico y usurero quería conservar ciertos rincones al indígena actual en continuidad mala para él, y así podía el falsario aparecer como apóstol salvador del indio, lo mismo que ocurrió en los Estados Unidos de más arriba, donde todo el mundo puede contemplar al indio colocado en lo más alto del Capitolio de Washington y encerrado en corralillos «ejemplares» en algunos de los Estados, pero masacrado y denigrado de tal manera que

“... el mejor indio es el indio muerto o con la cabellera cortada” (Jefferson).

Parece que a nadie se le ha ocurrido que el indio descubierto o sin descubrir por otros se habría incorporado, en algún momento y por algún camino, a la civilización general contemporánea, ni que, por un contacto equivalente al que tuvo con el conquistador, hubiera recorrido un camino análogo al que recorrió con los españoles. Los españoles somos iberos, griegos, fenicios, visigodos, romanos, árabes, etc., etc. ¿No? Somos indígenas veinte veces españoles.

“Américonohispania” lleva dentro, de un modo o de otro, el fundamento indio y el negro también, como España lleva otros legados, como acabo de señalar; y lleva además el inglés, el francés, el holandés, el italiano, el polaco, el chino, etc. Lleva a Europa, Asia, África, Oceanía, y en una proporción infinitamente mayor que cualquier otro continente o país del mundo.

Todas las razas se han mezclado y se siguen mezclando por fortuna en esta tierra larga que sigue siendo de promisión. Ahora bien: en “Américahispania” existe un problema profundo que no existe en la misma proporción en ningún otro continente.

El esclavo odia fatalmente al amo, y el indio y el negro fueron esclavos mucho tiempo.

En España, en cambio, por ejemplo, el celta, el romano, el árabe no eran esclavos y amos, sino contendientes iguales.

“Américonohispania” sintió circular dentro de sí sangres peleadas moralmente, entiéndase bien, porque yo no soy racista; sangre conjunta de amo que pegaba y de esclavo que aguantaba y disimulaba, sangres que se mezclaron por imposición y obediencia en el mismo procrear, y ese drama fue venenoso y el veneno se manifiesta, se expresa, aunque no quiera el Hombre.

Pero este grave problema sentimental está resuelto para mí en una forma muy sencilla: el amo no tenía razón, la tenía el esclavo; y así, de una manera tan evidente, se deduce un indigenismo superior, porque tiene una fuerza moral utilizable como ejemplo superior.

Es decir, que aunque el colonizador tuvo una influencia beneficiosa en otro sentido, es inferior en éste y el equilibrio está resuelto. Y si se tiene además en cuenta que el negro americano general lleva sólo un siglo de cultivo, asombra pensar lo que ha conseguido, y más aún si se compara con lo contrario por el blanco de determinados países en sus muchos siglos de posibilidad cultural.

Claro está que en Europa las sangres peleadas eran de rey, señor feudal o hidalgo con villanos, pero de la misma raza, y el siervo, el villano, el pobre, no atribuía diferencia a la sangre sino al estado social.

Yo creo que el escritor “Americanohispano” debe contribuir naturalmente y por convencimiento a lo que ya han iniciado algunos para este retorno a lo indígena profundamente sentido.

El “Cantar de Mio Cid” no pudo, ni puede, ni podrá nunca decirle a un “Americanohispano” lo que le dice a un español, ni los cantos incaicos al Sol pueden decirle a un español lo que a un peruano.

Y el arte popular “Americanohispano” no puede ser arte popular francés o inglés, aunque es claro que el arte popular, que es el mismo en todos los países del mundo en su origen, y digo inglés o francés porque la fuerza de su arte popular no puede compararse con la del español o ruso, pueblos tan superiores en lo sobresaliente particular indígena.

No; el “Americanohispano” tiene lo popular propio, porque lo tenía ya en su civilización primera, y ese convencimiento tiene que entrar fatalmente en su vida actual y modificar en lo sucesivo su expresión literaria o no literaria.

Un “Américanohispano” sin esa expresión particular no me ha parecido nunca indígena, y más desde que estoy viviendo, conviviendo con él.

En la exaltación de lo indígena no interrumpido por lo español está la salvación de la expresión poética “Americanohispana”, mezclando lo necesario de las diferentes asimilaciones actuales. Mezclado estaría hoy cualquier indígena americano, aunque no hubieran venido los europeos en los siglos en que vinieron, y, como dije antes, se habrían nivelado ellos mismos. Pero es claro que su expresión no sería la misma que en el siglo XV, que no serían hoy mayas, incas o aztecas, como entonces.

Para terminar esta nota quiero señalar que indigenismo es hoy clasicismo, porque clásico es tradición y actualidad. El clasicismo —lo he dicho muchas veces— es fundamentalmente adjetivo, es un venir a ser; se convierte en sustantivo si fue esencialmente clásico con la sanción del tiempo.